

vante una acta con las bases estipuladas, para que me quede un comprobante.

Inmediatamente después, Zapata ordenó que varios de sus ayudantes fueran a comunicar a los jefes de columna que las hostilidades habían cesado y que, por lo tanto, ya no se disparara un solo tiro.

Eran las seis de la tarde, una tarde nebulosa, sumergida en honda tristeza. Sin embargo, cuando las campanas de la parroquia dejaron oír su voz que hendía los aires llena de alegría, comunicando la buena nueva al vecindario, un rayo de esperanza y de júbilo penetró en todos los hogares.

CAPITULO XXII

Noche de angustia

Lo pactado por Emiliano comprometiéndose a respetar vidas, honras y propiedades, fué letra muerta para aquellas chusmas de bribones, salidas como un aborto del infierno, del bajo fondo de nuestro pueblo, sediento de apetitos desordenados; Emiliano no era allí, en medio de aquella turba hambrienta de latrofaciosos y de asesinos, más que un jefe de la revolución como allí podía entenderse. Excepción hecha de Otilio Montaña y del que estas líneas escribe, conscientes de nuestro papel y subordinados por educación, ninguno allí era capaz de entender cuál era y cuál debía ser la autoridad legítima de nuestro caudillo, y es casi seguro que si hubiera pretendido que fueran respetadas sus disposiciones al pie de la letra, él mismo hubiera sido víctima de los atentados salvajes de aquella desbordada avalancha de caníbales, que no había valladar humano que la contuviera en su avance devastador.

Cuando cundió en nuestras filas la noticia de la rendición de la plaza, y se tuvo la seguridad de que los federales no dispararían un solo tiro más sobre nosotros, nuestra gente en desordenado tropel se precipitó sobre la población, entregándose desde luego a todo género de excesos.

Lo primero que hicieron estos hombres fué abrir las puertas de la prisión. En contubernio bárbaro y sin nombre, atropellándose unos a los otros, lanzando vivas a Madero y todo

género de imprecaciones, salieron los criminales allí reclusos, aumentando la legión de los libertinos.

Aquella avalancha humana, dominada por los más monstruosos apetitos, se entregó al pillaje.

Cuántas niñas de ocho y diez años deshojaron las corolas de su flores todavía en botón, ante la ferocidad de aquellas bestias humanas, que sin piedad mataban a las que se oponían, para dejarse caer furiosamente clavando los erectos nervios de sus garras, en los cuerpecitos agonizantes de las púdicas doncellas.

¡Qué placer tan salvaje! Aquellos hombres se levantaban satisfechos cuando acababan de gozar con las tibiezas de los cuerpecitos convulsos de aquellas niñas tan pequeñas, que apenas empezaban a tomar las curvaturas del cuerpo de mujer.

Durante aquella noche, la turba de caníbales no hizo más que estuprar, saquear, violar y asesinar.

Los elementos sanos de nuestro ejército apenas si eran suficientes para escoltar algunas casas particulares y de comercio, con orden expresa de Emiliano de hacer fuego en cuanto las chusmas se acercaran con malas intenciones.

Entre las casas escoltadas se contaban la del jefe político capitán Esnaurrizar, cuya escolta fué puesta por el mismo Emiliano y mediante la intervención de Sanvicente, que no cesaba de velar por los intereses y vidas de todos los que podía y hasta donde le era dado. También fué escoltada la casa de don Gonzalo Aragón, que era la tienda más grande y de mayor importancia del pueblo.

Las promesas de Emiliano habían sido violadas, no por él, sino por las chusmas, imposible de poderlas contener. Y empezó la violación de las bases firmadas por Zapata, con echar fuera a los presos, los que, como primera venganza que llevaron a cabo, fué sacarse de la población a los capitanes León y Larrañaga, al comandante de rurales y a tres individuos de tropa. Cuando estuvieron en el camino, después de sujetarlos a un sinnúmero de humillaciones, los acribillaron a balazos; pero como si esto fuera poco para saciar la sed de venganza de aquellos energúmenos, como refinamiento de su

crueldad lazaron y arrastraron a cabeza de silla a lo largo de la carretera, los cuerpos de aquellos héroes que murieron de pie, con la frente muy levantada, vitoreando al general Díaz y al supremo gobierno, por el cual morían defendiéndolo.

Por el camino donde iban arrastrando aquellos cuerpos todavía tibios, quedaban en las piedras jirones de carne palpitante. Y una turba de salvajes, corriendo atrás de aquellos cuerpos que rebotaban al tropezar con las piedras salientes del camino, lanzaban agudos alaridos de siniestra alegría. Así fué cómo se les hicieron los honores póstumos a los denodados defensores de Jonacatepec.

Alejandro Sanvicente, a quien ya he mencionado en varias ocasiones en este relato, no descansaba un solo instante, visitando de casa en casa a las familias, con objeto de impedir, hasta donde le fuera posible, toda clase de atentados. Cuando acertó a pasar por las ventanas de la casa que ocupaba el jefe político, un grupo de hombres mal encarados discutían la forma de cómo tenían que sacar de su casa al jefe, para “hacerlo picadillo a machetazo limpio.” Sanvicente, que se dió cuenta, se detuvo.

—¿Qué les pasa, muchachos?—les preguntó amablemente.

—Que siempre es necesario recetarnos a este.....

—No, muchachos; ustedes hacen mal, porque el jefe político ha sido muy bueno con todos los pobres. Durante el tiempo que él ha sido jefe, nadie se ha quejado de él, porque es un hombre equitativo y justo..... Y por el estilo continuó Sanvicente hablando, hasta que logró convencer a aquellos hombres, haciendo que se retiraran. Esnaurrizar le debe la vida a Sanvicente.

* * *

La imprudencia del hijo de don Gonzalo Aragón, joven entonces como de unos veinte años, desató las iras de nuestros hombres.

Sucedió que muy cerca de la casa de don Gonzalo cayó uno de nuestros muchachos, atravesado por un balazo, que no se supo de dónde provino, causando esto cierta extrañeza, porque el hecho fué mucho tiempo después de que había cesado totalmente el fuego.

En la tienda de don Eusebio Tajonar el joven Aragón, echándose las de valiente, se permitió decir:

—¿Vieron ustedes aquel que cayó cerca de mi casa? Pues ese lo cacé yo desde la azotea.

El hermano del occiso escuchó aquella terrible delación.

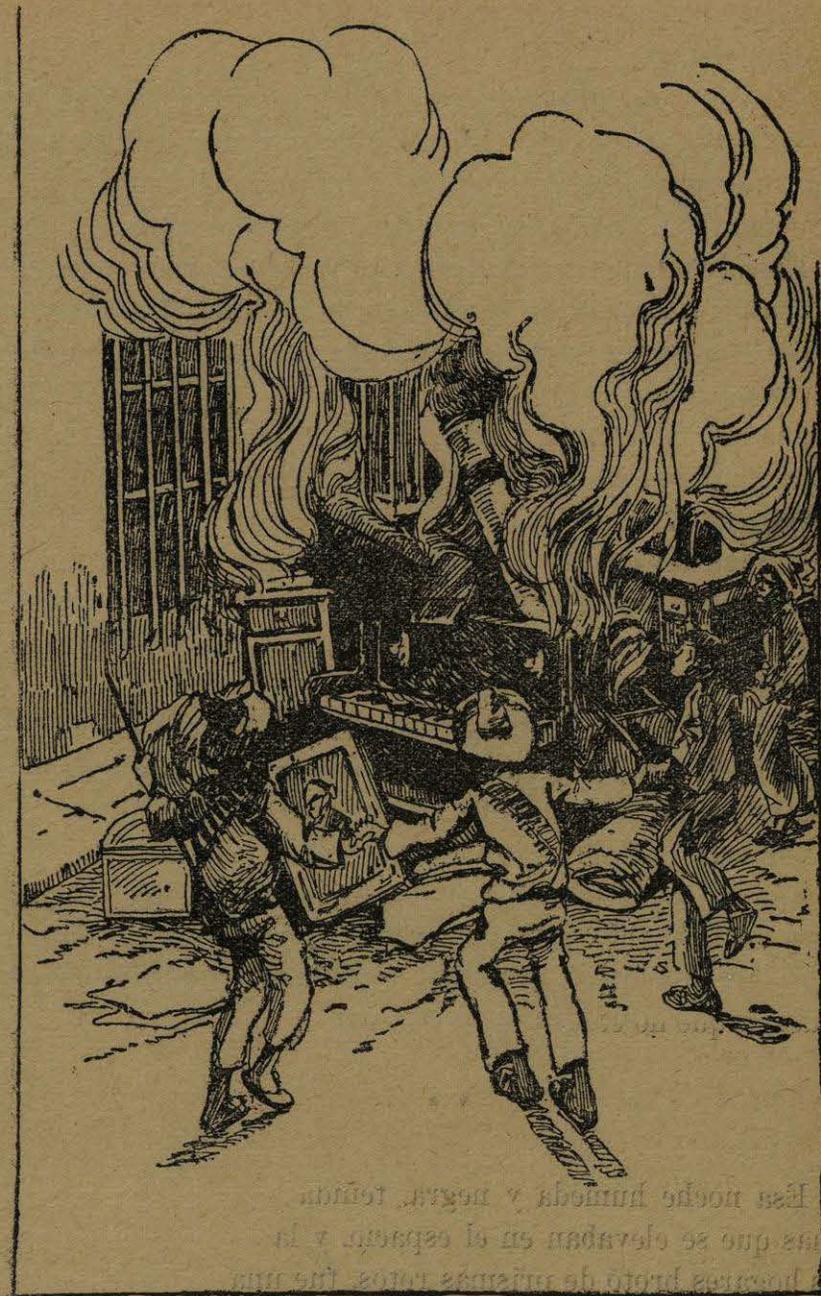
No tardaron en dejarse ver los resultados prácticos de tal imprudencia. Los muchachos se acercaron a Eufemio para que se les concediera saquear e incendiar como venganza la tienda de Aragón, toda vez que no encontraban a ninguno de la familia para matarlo. Dos horas se les concedió para saqueo.

Las chusmas se avalanzaron sobre la tienda y casa habitación de don Gonzalo, apoderándose de todo lo manuable que encontraron. En pocos momentos habían vaciado la casa, dejando los muebles pesados y estorbosos, que no podían cargar con ellos.

En los momentos en que “los muchachos” iban a provocar el incendio, se presentó Sanvicente, logrando convencerlos de que si ardía la casa de Aragón, ardería toda la manzana. No faltó de entre ellos uno que sugiriera la idea de sacar los muebles a la calle para ser quemados en medio de la plaza; idea que fué aprobada desde luego y a cuya determinación no pudo oponerse Sanvicente, quien acababa de salvar la casa de Aragón y la manzana entera en la que se hallaba ubicada.

En pocos minutos fueron sacados los muebles a la calle, habiéndose formado con ellos un verdadero cerro. Piano, camas, espejos, roperos, sillería, todo fué allí amontonado; se le echó petróleo y se le prendió fuego después, cuyas llamas se elevaban en el espacio, retorciéndose y semejando enormes lenguas rojas de demonios que lamían la comba del firmamento enlutado.

En el centro de las flamas crepitaban los muebles de Aragón, y en torno de ellas daban vueltas y saltos, agarrados de



Cogidos de la mano en danza macabra.....

la mano, nuestros hombres, en danza macabra, lanzando agudos alaridos de alegría diabólica.

¿Y Zapata?.....

Zapata y los elementos sanos, todos los revolucionarios, por honrados, enérgicos y prestigiados que sean ante su gente, son incapaces de reprimir los desmanes de las chusmas, que, como tales, no tienen organización ni disciplina.

Poned vosotros la mano en vuestras conciencias, vosotros que acusáis a Zapata de bandido, y preguntad si un hombre es capaz de contener las pasiones de una turba de chacales, una vez azuzada.

¡Ah! Si los treinta y tantos años de paz octaviana se hubieran empleado en instruir al indio, no habría hoy masas de ignorantes.

Buscad las causas de tanta anarquía, y cuando vuestras conciencias os hayan contestado, señalad como únicos responsables a los déspotas y a los poderosos, que ven en el indio no un hombre, sino un esclavo.

Si condenáis a esas masas ignorantes, cuyos crímenes responden, por esa su misma ignorancia, a las vejaciones que constantemente han recibido, no dejéis de execrar antes a los que por toda justicia tratan de exterminar la raza india.

Son salvajes nuestros indios ignorantes, como salvajes son en los Balkanes las legiones de hombres que se precian de civilizados y cometen atentados espantosos. Son cosechas de la guerra, que no conoce la piedad (1).

* * *

Esa noche húmeda y negra, teñida de escarlata por las flamas que se elevaban en el espacio, y la sangre que en muchos hogares brotó de prismas rotos, fué una noche de angustia y de zozobra para los infortunados vecinos de la simpática Jonacatepec.

En julio último, las fuerzas búlgaras, a su paso por las aldeas de Macedonia, degollaban a los indefensos campesinos, hombres, mujeres, ancianos y niños; y en muchos casos la crueldad llegó hasta quemar vivos a los hombres, en presencia de sus hijos, de sus mujeres y de sus ancianos padres, pasando después a cuchillo a todas las familias.

CAPITULO XXIII

Celebración de la toma de Ciudad Juárez

Jonacatepec había quedado en nuestro poder.

Las familias principales y de la clase media abandonaron el pueblo, quedando los hogares desiertos y a merced de nuestros hombres, que se habían enseñoreado de ellos y en los que se encontraban como en su propia casa.

Durante algunos días fué aquella población el cuartel general del Ejército Libertador del Sur.

Diariamente nos llegaban "propios" mandados exprofesamente de diversos lugares del Estado, y los cuales nos traían noticias de los movimientos militares que se llevaban a cabo. Sabíamos así que el coronel Munguía, con el quinto regimiento de caballería, estaba emprendiendo obras de defensa en Cuautla, Morelos, y, en una palabra, estábamos al tanto de cuanto pudiera interesarnos para normar nuestros procedimientos.

Por aquellas fechas se habían incorporado a nuestras filas Margarito Martínez (a) "La Becerra," y el famoso Abraham del mismo apellido, y se esperaba de un momento a otro la llegada de la temible coronela Pepita Neri, muy renombrada por sus hazañas de ferocidad sin nombre.

Los Martínez traían fama de sanguinarios y temibles, especialmente el segundo, individuo de cierta cultura intelectual, pero de instintos de una perversidad pasmosa. Era más refinado que sus colegas en sus procedimientos de crueldad, e in-

fluyó poderosamente en el ánimo de Emiliano, halagando sus instintos sanguinarios e induciéndolo al crimen, por el sólo gusto de hacerlo.

* * *

Una tarde, a la llegada del "propio" que traía los periódicos de Cuautla, procedentes de la capital de la República, yo, que era el encargado de hojearlos y dar lectura en voz alta a las noticias de mayor importancia, leí un título con letras muy gordas que decía: "La toma de Ciudad Juárez por las fuerzas de Madero."

Me senté al lado de Emiliano, reuniéronse en nuestro derredor todos los cabecillas y todos los "muchachos" que estaban por allí cerca. Leí el párrafo que relataba con amplitud de detalles cómo había capitulado la importante ciudad fronteriza, tan vergonzosamente defendida por el general don Juan Navarro.

Para nosotros, aquel triunfo de las armas rebeldes sobre las del gobierno era motivo de inusitada alegría.

Era imposible dejar pasar inadvertido aquel acontecimiento, y debíamos celebrarlo con una gran fiesta, siquiera por última—decían algunos pesimistas,—porque si ganamos en Jonacatepec, quién sabe cómo nos toque en Cuautla.

En esos días ya se hacían los preparativos para emprender la marcha para la dos veces heroica Cuautla de Morelos.

Huelga decir que al quedar nosotros adueñados de la plaza, pusimos las autoridades a nuestra entera satisfacción.

A indicaciones del presidente municipal, celebróse un banquete en el salón de cabildos la víspera de nuestra marcha para Cuautla, para festejar la toma de Ciudad Juárez y nuestra despedida de Jonacatepec.

Fueron llamadas las músicas de Axochiápan y Tetelilla, que son las que tienen el cartel de mejores por el rumbo.

Aunque ya todas las bodegas de las tiendas estaban completamente vacías, porque todas las noches nuestra gente se entregaba a infernales orgías de alcohol y de sangre, no faltaron ni las latas en conserva, ni las galletas, ni los vinos de todas clases, aunque corrientes. Todo lo hubo en abundancia; no me preocupé por indagar su procedencia.

El adorno del salón era exquisito. Semejaba un vergel. Flores naturales de distintos colores, gardenias en gran cantidad, traídas de la hacienda de Santa Clara: mucha luz, mucho perfume, mucha entusiasmo.

Las mozas más guapas de los pueblos de Moyotepec, Tlayacac, Jalostoc, Huasulco, Zacualpan, etc., fueron las encargadas de servir la mesa.

A las ocho de la noche empezó el banquete.

Dejemos por un momento a Emiliano y a los demás jefes que empiezan a llegar al salón, donde son recibidos por el presidente, munícipes y demás señores del pueblo bajo. Todo es alegría, todo es entusiasmo, roncadas carcajadas, exclamaciones soeces para decir: "qué morena tan guapa;" ruidos de sillas, notas aisladas de instrumentos que se afinan. salgamos del salón, mientras los músicos tiemplan.

* * *

Una lluvia incesante empezó a caer sobre Jonacatepec desde las primeras horas de la tarde.

Hay que advertir que a nuestra entrada, todos los focos de petróleo que producían luz y calor, a la calle fría, húmeda población había quedado sin alumbrado; así, pues, al salir del salón de cabildos, donde había gran cantidad de aparatos

de gas habían sido totalmente destruídos y desde entonces la y obscura, el contraste aquel sobrecojía.

Durante todo el tiempo que permanecimos en Jonacatepec después de la primera noche trágica, nuestros hombres habían quedado en relativa calma, sin que por esto dejaran de embriagarse y de cometer escándalos y uno que otro asesinato, con todo su cortejo de infamias. Y esta relativa calma obedecía no a cansancio ni a que ya estuvieran saciados sus apetitos bestiales, sino a que en las tiendas ya no había alcohol, ni en las casas nada que robarse, ni mujeres que esturpar, ni doncellas que violar.

Pero esa noche, al sentirse libres de las miradas de los jefes a quienes tenían cierta consideración, sin que se le pudiera llamar propiamente respeto, ávidos de sangre y de desmanes, se entregaron a cometer cuanto asesinato pudieron.

Sacaron de la cárcel a unos prisioneros, empleados de Santa Clara, que allí estaban esperando cierta cantidad de dinero que iban a entregar a Emiliano por su rescate.

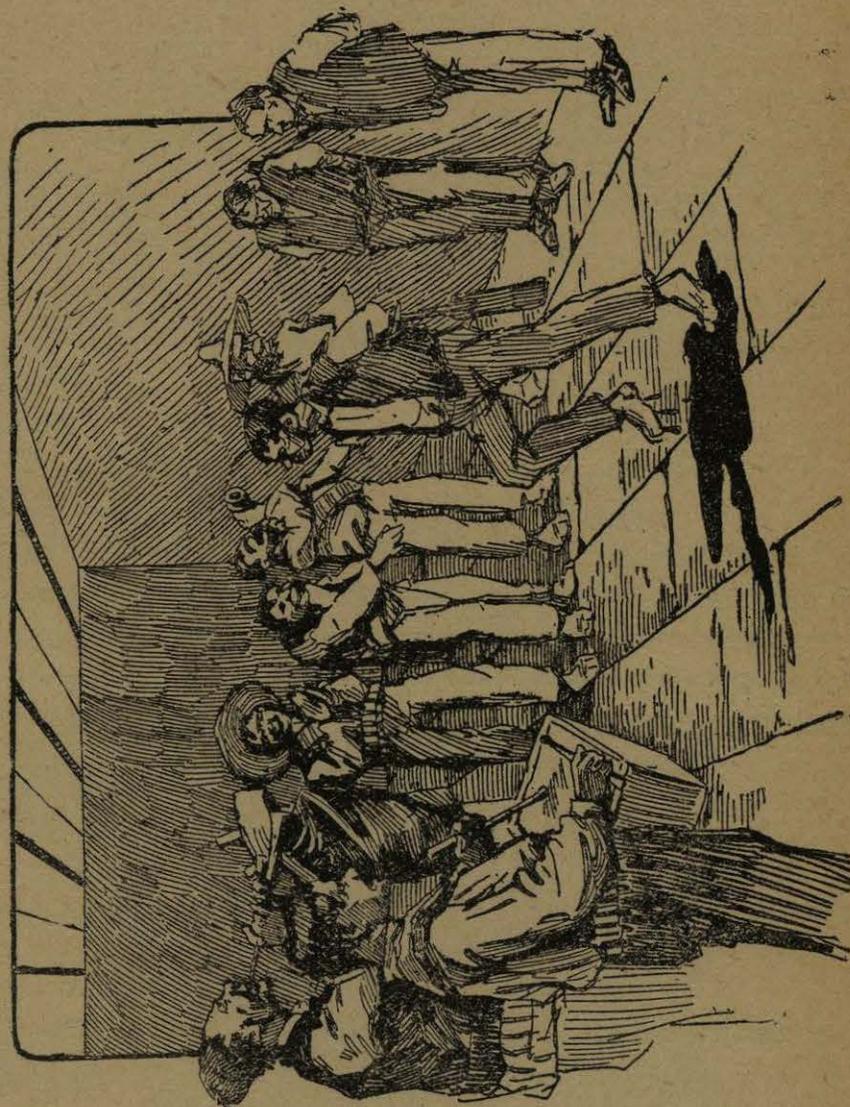
Mientras los jefes celebraban con una orgía de vino en el salón de cabildos la toma de Ciudad Juárez, en el salón de la escuela de niños nuestras chusmas la celebraban con una orgía de sangre.

Varios de nuestros hombres, peones de la hacienda de Santa Clara, habían recibido malos tratos de aquellos empleados que estaban prisioneros, y para vengarse, ellos fueron los promotores para sacar de la cárcel a estos infelices y ejecutarlos con toda clase de infamias.

Los presos fueron llevados a la escuela y después de sujetarlos a un sinnúmero de vejaciones, que no pueden relatar-se por lo asqueroso y lo inmoral, empezó la ejecución.

A uno le bajaron la piel de la planta de ambos pies y lo hicieron que bailara un jarabe al son de una chirimía y un bote de petróleo vacío a guisa de tambor, golpeado con dos pedazos de madera. Después de que hubiéronse reído largo rato por los gestos de dolor que hacía aquel desdichado, lo acribillaron a balazos.

A otro lo ataron con un cordel de las partes viriles, y lo



A uno le bajaron la piel.....

arrastraron por todo el salón, en medio de una algarabía diabólica, hasta que el cordel cortó los miembros de aquel hombre. Cuando pretendieron que se levantara para acribillarlo a tiros, había exhalado el último aliento.

A otro, después de azotarlo bárbaramente, le introdujeron por el recto un cohete de dinamita, y cuando ya estaba agonizando por los tremendos dolores que le produjera el terrible castigo a que había sido sometido, prendieron la mecha, a cuyo estallido el cuerpo de aquel hombre fué arrojado en mil pedazos en distintas direcciones del salón, salpicando las paredes con trozos de carne que se quedaban como incrustados.

¡Cuánta iniquidad y cuánto salvajismo engendra en los cerebros incultos y mal organizados, el deseo de venganza! No, venganza no; porque de aquellos desdichados no habían recibido ningún agravio que ameritara tal revancha.

Si un pueblo culto, como la noble Francia, se ha dejado arrastrar por excesos tan salvajes en medio del paroxismo de su enojo en los horrores del 93, ¿qué podemos esperar de nuestras masas ignorantes? Exteriorizaciones de barbarie, convulsiones anárquicas y actos brutales que se sintetizan como un símbolo de horror, en la palabra *zapatismo*

* * *

En el salón de cabildos la animación subía de punto a medida que se escanciaban las botellas.

Emiliano, nuestro "general," tenía el sitio de honor; a su derecha Otilio y a su izquierda yo; enfrente de nosotros, entre otros, estaba Abraham Martínez.

Las mozas servidores, con los brazos descubiertos, iban y venían con succulentos platillos de exquisitas enchiladas, mole de guajolote a la poblana, rajadas con carne de puerco, latas de

pescados, etc., y siempre que llegaban eran obligadas por los comensales a que bebieran en sus vasos, lo que hacía que las muchachas también se sintieran, excitadas por el alcohol, muy alegres, entregándose a los hombres que las acariciaban toscamente.

El ruido de copas, platos y cubiertos que chocaban, de botellas escanciadas que se estrellaban en el suelo, despectivamente lanzadas por los beodos; las roncadas carcajadas de los hombres insolentes, las risas argentadas de las guapas meseritas, los hurras, los vivas, todo ese murmullo ensordecedor, sobresalía al vals "Sobre las olas," diestramente ejecutado por la orquesta de Axochiapan.

—¡Más vino, muchachas!—gritaba el Tuerto, cada vez más sediento.

—¡Más vino, muchachas, "quiora siso" la nuestra!—repetía otro trabajosamente, después de lanzar un pestilente eructo.

—¡Viva Madero!

—¡Viva la libertad!

—¡Viva nuestro general don Emiliano Zapata!

—¡Más vino para el general, que no ha bebido casi nada!

—Sí, más vino para el general—repuso Abraham Martínez levantándose con algún trabajo y tomando la copa en la mano.

—Silencio, señores, que Martínez va a tomar la palabra—dijo alguien.

Varias bocas sisearon para imponer silencio. Todos prestaron atención.

—General—dijo Martínez lanzando un eructo y tambaleándose,—quiero brindar por su salud. porque deseche usted de una vez por todas, los escrúpulos que ahora tiene y se convenza de que sólo matando gachupines y ricos hacendados, será como llegue a cumplir su misión *revindicadora*. Arroje usted pa siempre de su lao a los miedosos que a todas horas le están sermoneando que no debe robar, ni asesinar, ni violar mujeres, cuando sólo así podrá el pueblo ven-

garse de los ultrajes que ha recibido en toda la larga y agonizante dictadura porfiriana.....

—¡Bravo!—gritaron muchos, batiendo las manos con entusiasmo delirante, en tanto que Otilio y yo acariciábamos abajo del mantel las empuñaduras de nuestras pistolas, en previsión de un atentado.

Así fué como se celebró por nuestra gente en Jonacatepec, la toma de Ciudad Juárez por las fuerzas maderistas.

Aquella noche, orgiástica de sangre, de vino y de mujeres, era la precursora de una nueva tragedia, aún más sangrienta y más encarnizada.

El brindis de Martínez era todo un código de preceptos de la nueva moral zapatista que iba a seguirse cumpliendo por estos *redentores* del pueblo y *nuevos apóstoles* de la libertad.

CAPITULO XXIV

La destrucción de Cuautla

La madrugada del 12 de mayo de 1911 abandonamos la desolada Jonacatepec y nos hicimos rumbo a Cuautlixco.

El trayecto se hizo en ocho horas largas.

Nuestras huestes, al salir de Jonacatepec, ascendían a tres mil y tantas plazas, pero fueron engrosando las filas a medida que pasábamos por los pueblos.

—Vamos a la armada “chompas” (1).

—Vamos a ver qué se nos pega.

—Yo no quiero entrarle a la balacera.....

—No sías guaje, pos si al cabo que nos hacemos patos a lora de los cocolazos y aluego, cuando den permiso pa l'armada..... tú dices si te encampanas.....

Bajo la bandera de las revoluciones, en todos los pueblos de la tierra, no sólo en el de Morelos, se ha ocultado el asesinato, el robo y el pillaje.

Por eso los más nobles y altísimos ideales libertarios han fracasado en los campos sangrientos de la lucha, donde, en vez de fecundarse, por lo general se esterilizan todas las buenas causas.

Ello se debe a que las revoluciones destruyen sin edificar,

(1) Nombre cariñoso entre amigos de confianza. Es sinónimo de *Vale*. Estos términos son tan vulgares, que no sólo son usados exclusivamente por el pueblo, sino por los jóvenes de cierta cultura y clase más elevada.